

## ANALES DE HISTORIA ANTIGUA, MEDIEVAL Y MODERNA

Volumen 40 – 2008

ISSN 1853-1555 (en línea)

ISSN 1514-9927 (impreso)

Instituto de Historia Antigua y Medieval  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

---

### TRADICIONES NACIONALES Y EL PROBLEMA DE LA COMPARACIÓN \*

Chris Wickham

University of Oxford

El punto clave para empezar el análisis sobre el problema, es que la comparación, ya sea en el período medieval, el eje central de consideración aquí, o en un período más tardío, es esencial en la escritura de la historia. Es poco probable que se pueda hacer adecuadamente historia sin comparar. Una parte de esta comparación es cronológica, y los historiadores están habituados a ella, simplemente porque estudian el cambio, y por lo tanto saben que tienen que confrontar el antes con el después. Pero la cuestión crucial en la comparación es geográfica: por qué las cosas ocurren de diferentes maneras en diferentes lugares. No se puede prescindir de esto en historia, y si no se hace se hace el estudio se debilita <sup>1</sup>

Hay dos importantes razones por las que la comparación es tan necesaria.

La primera es el solipsismo cultural: si no se compara, se termina creyendo que un tipo de desarrollo histórico es normal, normativo, y que cualquier otro es una desviación. Los historiadores europeos que no comparan casi siempre estudian su propio país, y esa atención reconcentrada sobre su espacio crea una Europa –un mundo- de islas, sin relación entre sí, en cada una de las cuales no sólo los patrones del cambio social sino también las preguntas que los historiadores formulan son absolutamente distintivas. Para empeorar las cosas, estos aislamientos se corresponden, en casi todos los casos, con teleologías nacionales. Ese estudio encerrado en cada país lleva a explicar las razones históricas por las que “Nosotros somos especiales”, mejores que –o al menos diferentes de- los “Otros”. Ligado a esto, surgen temas propios: los Ingleses con el Estado Nacional y la Revolución Industrial, los Italianos con el Renacimiento, los Españoles con la Reconquista.

La segunda razón de la necesidad de comparación podría considerarse como casi popperiana: la comparación es lo más cercano que

---

\* Traducción: Marcia Ras y Laura da Graca (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires)

<sup>1</sup> Una primera versión parcial de este texto puede encontrarse en dos artículos: “Problems in doing comparative history”, Timothy Reuter memorial lecture, University of Southampton, 2005; y, “The early middle ages and national identity”, en, N. FRYDE et al. (eds), *Die Deutung der mittelalterlichen Gesellschaft in der Moderne* (Göttingen, 2006), pp. 107-22.

tienen los historiadores para realizar un *test*, intentando falsar sus propias explicaciones. La imagen de Popper era, por supuesto, el laboratorio: se hace el mismo experimento una y otra vez, en condiciones controladas, luego aquellos que se oponen a la hipótesis en cuestión reiteran ese experimento, y sólo entonces se podrá mantener esa hipótesis, no probada, pero al menos no falsada. Popper no habría pensado en que dos regiones o dos países fueran suficientemente similares para permitir ese control, y por cierto él no tenía una alta opinión sobre la historia como disciplina científica. Pero el rigor de la historia es el de las ciencias humanas, las cuales deben enfrentar la variabilidad de la naturaleza humana, y en este ámbito disciplinario puede defenderse una cierta flexibilidad. La historia, para decirlo de algún modo, tiene estructuras teóricas elásticas antes que férreas.

Por esto, es posible afirmar que la comparación histórica *refuta* hipótesis. Así, por ejemplo, la desaparición de los consejos municipales tardo romanos, *curiae*, durante los siglos V y VI, no puede ser en sí misma un factor del colapso del urbanismo, como muchos historiadores del occidente suponen, porque los dos procesos fueron contemporáneos (según esos historiadores creen); porque la más breve mirada al oriente, en particular a Siria, Palestina y Egipto, muestra prósperas economías urbanas manteniéndose sin *curiae* durante siglos. De igual manera, la Peste Negra por sí misma no pudo haber causado el final de la servidumbre, como Michael Postan argumentaba, si el declive demográfico también fue el contexto de la llamada “segunda servidumbre” en Europa oriental, como puntualizó Robert Brenner<sup>2</sup> Hay muchos ejemplos paralelos a éstos, aunque se necesitan más. En suma, ninguna explicación histórica puede considerarse convincente sin algún intento de evaluación comparativa, y hasta que ello no se concreta, todo argumento es provisional.

Sin embargo, hay problemas. La comparación es difícil. Es difícil poner la mente en más de una cosa a la vez y es difícil ser igualmente convincente en dos áreas al mismo tiempo (y mucho más difícil es, obviamente, cuando se tratan más de dos áreas). Por lo tanto es necesario discutir tres de los problemas que la comparación tiene que abordar para no ser incautos sobre este procedimiento.

El primer problema es, innegablemente, empírico. Los tipos de documentación que proporcionan las diferentes partes de Europa medieval (y aun más las regiones no medievales y no europeas) es enormemente diversa. Es difícil identificar incluso puntos de comparación si el material a disposición del historiador es demasiado diferente.

Al respecto, puedo evocar una experiencia personal, surgida de mi reciente participación en un proyecto internacional centrado en historia comparativa del mercado de tierras de Europa occidental en la edad media central y tardía. De entrada tuvo que abordarse el problema de que las evidencias para la mayor parte del sur europeo provenían de documentos

---

<sup>2</sup> K.R. POPPER, *The poverty of historicism* (London, 1957), para historia y otras ciencias sociales; para los ejemplos, ver, J.H.W.G. LIEBESCHUETZ, *The decline and fall of the Roman city* (Oxford, 2001), pp. 104-202, para datos sobre *curiae*; R. BRENNER, „Agrarian class structure and economic development in pre-industrial Europe“, *Past and present* LXX (1976), pp. 30-74, esp. pp. 37-42.

que registraban la venta y el precio de parcelas de tierra, mientras que las de Inglaterra y buena parte de las de Alemania, provenían casi exclusivamente de registros señoriales (como por ejemplo los documentos de los tribunales del *manor*) los cuales no registran los precios sino los derechos que los señores cobraban por cada venta. Era esta última, por cierto, una fuente mucho más mediatizada y problemática que las que provenían de las áreas meridionales. La cuestión no fue en absoluto facilitada por el hecho de que la mayor parte de la historiografía inicial sobre el tema fuera de Inglaterra, la región con la fuente menos típica<sup>3</sup>

En la alta edad media, este tipo de situación ocurre de manera usual. Si se desea discernir las relaciones entre el poder central y las aristocracias locales en los principales estados europeos, un campo habitual de estudio, se tendrán muchos y serios problemas con la España visigoda, donde alrededor del 95% de las fuentes escritas sobre el tema provienen de la legislación del gobierno central, ya sea laica o eclesiástica. Muchos estudios sobre la cuestión en España han sido extremadamente legalistas, aunque en realidad tienen una buena excusa para esa tendencia. Por otra parte, y esto constituye una regla de nivel general, hay una apreciable diferencia entre lo que se puede decir sobre sociedades donde la mayor parte de la evidencia escrita a nuestra disposición es narrativa, y aquellas donde la proporción mayor son documentos legales, por ejemplo, entre Inglaterra del siglo VII y del VIII, o entre Sajonia del siglo X e Italia del Norte en el siglo X. En el primer grupo de sociedades se privilegia la intriga aristocrática o el moralismo eclesiástico; en el segundo, las relaciones con la tierra y la explotación rural. Estas diferencias no ayudan a la comparación. Si se quiere entender por qué Otón I actuaba en Sajonia de forma diferente a como actuaba en Italia, el primer obstáculo está aquí.

El segundo problema es historiográfico, y emerge del solipsismo antes mencionado. Este problema lo trataré con más detalle, ya que nos encamina directamente a la problemática de este dossier.

Para penetrar en la historia de otra región se deberá, por supuesto, apelar a los historiadores que la conocen y han escrito sobre ella. Pero el inconveniente es que esos historiadores podrían tener intereses muy diferentes de los que tiene el nuevo observador, e incluso podrían tener diferentes premisas acerca de las causas que subyacen en la historia. Hace diez años, Timothy Reuter escribió un extenso comentario irónico al final de su contribución al debate sobre la “revolución feudal”, acerca de por qué este debate tenía tan poca resonancia en Alemania, al contrario de Francia, donde fue muy virulento en los noventa.<sup>4</sup> “*La seigneurie banale*” -afirmaba- “cuyos orígenes, naturaleza, extensión y relación con el orden público es el tema acerca de lo que este debate en su conjunto trata en última instancia, me parece, como especialista en historia alemana, algo que existe en Otros Países. Una hipotética monografía francesa sobre *Espaces ecclésiastiques et réseaux familiaux dans la Bavière du X siècle*, podría muy bien estar repleta

<sup>3</sup> L. FELLER y C. WICKHAM (eds.), *Le marché de la terre au moyen âge*, 2 vols. (Roma, 2005).

<sup>4</sup> T. REUTER, “Debate: the feudal revolution”, *Past and present*, CLV (1997), pp. 177-95, de p. 195.

de esto, así como una hipotética monografía alemana equivalente sobre *Adelsherrschaft und Reformmönchtum in Aquitanien des 10 Jahrhunderts*, probablemente contendría más sobre *Selbstverständnis* [autoconciencia aristocrática], que sobre la *seigneurie banale* para su aparato conceptual. No podría estar seguro si esto se debe a que los franceses encuentran *seigneurie banale* donde los alemanes encuentran *Selbstverständnis*, o a que uno u otro, o ambos, han estado realmente en las regiones en cuestión todo el tiempo y simplemente no he sabido cómo o dónde buscarlos. Más aún, sospecho que la mayoría de nosotros no estaría en condiciones de elegir”.

Timothy Reuter estaba bastante acertado. Hay aquí un juego de espejos que empeora la cuestión en lugar de mejorarla por el hecho de estar ante tradiciones historiográficas sofisticadas. Este problema obliga a hacer dos cosas más por la comparación. Primero, deberá apelarse directamente a las fuentes, con un espíritu de intenso descreimiento, para ver si pueden proporcionar los elementos comparativos que la historiografía niega. Deberán captarse así las bases empíricas de cada problemática local y no simplemente extraerse interpretaciones de las síntesis generales, siempre fácilmente disponibles, con las cuales sin duda se empieza. Segundo, deberá comprenderse por qué los historiadores de un país argumentan de una manera determinada; qué es lo que han tomado como cuestiones cruciales y qué han significado para ellos esas cuestiones a través del tiempo; cómo sus preocupaciones encajan en sus “Grandes Narrativas” de nacionalidad; y también por qué no estudiaron ciertas cosas. Habrá que penetrar en los debates nacionales y criticarlos. Esto implica también una preparación para no sólo traducir lenguajes sino también culturas.

No obstante esto, debe advertirse que los historiadores que son objeto de ese análisis crítico pueden estar en lo cierto y por el contrario equivocarse sus críticos. Personalmente, yo estoy habituado a buscar las huellas de la *seigneurie banale* en Italia (o al menos de la *signoria territoriale*, la versión italiana). Los historiadores alemanes no lo están, al menos cuando estudian Alemania, como hemos visto, aunque no puede asumirse que simplemente la pasaron por alto porque podría realmente no existir allí el señorío banal. Y si no está, entonces querría ver también si sus huellas son realmente tan claras en Italia como pienso. De cualquier manera, es necesario comprender por qué los historiadores de cualquier grupo nacional actúan en la forma en que lo hacen.

Puede observarse brevemente un ejemplo específico de esto en la preocupación española por el 711, año de la conquista árabe. Como se sabe, ésta es una fecha lo suficientemente clave como para señalar el comienzo de la edad media en España (los visigodos usualmente se estudian allí en los departamentos de Historia Antigua). Todo lo referente al impacto árabe sobre España y acerca de la naturaleza de las áreas que los árabes no conquistaron es debatida. Incluso políticamente: el uso instrumental que el régimen de Franco y la jerarquía católica del siglo XX hizo de la batalla de Covadonga de 718, el supuesto punto de partida de la contraofensiva astur contra los árabes que habría dado comienzo a la Reconquista Cristiana, produjo una respuesta de la izquierda en los años setenta, que destacó, en base al análisis del parentesco, la naturaleza primitiva del temprano reino astur. De este modo, mientras para la derecha Pelayo, el primer rey astur, fue un líder romano-visigodo y cristiano con una Misión a cumplir, para la

izquierda, Asturias nunca fue realmente romanizada ni tampoco cultural y políticamente subordinada por los visigodos. Excavar una villa romana en Asturias constituye en este marco un acto político potencialmente de derecha. Por supuesto, esto no es siempre así (los arqueólogos usualmente son de izquierda en la mayoría de los países europeos del sur), pero sí debe notarse que la cuestión está increíblemente politizada. Para tener una idea de la naturaleza cargada del debate, es suficiente leer las actas de un congreso sobre el reino astur realizado en la misma Covadonga en el 2001 (un testimonio en apariencia fidedigno de lo sucedido) donde se manifiestan discusiones sorprendentemente tensas<sup>5</sup>.

Una tensión equivalente ha recibido el intento de Luis Caballero de cambiar la datación de la mayor parte de la arquitectura de la iglesia visigoda rural al siglo VIII sobre bases estilísticas, porque en consecuencia extendería hasta después la fecha de la conquista árabe. Una vez más, la actual propensión española a transcribir palabra por palabra los debates académicos convierte el acta donde se transcribe la conferencia de Caballero sobre el tema, en 1999, en un material de lectura iluminador y cautivante<sup>6</sup>. Le pregunté a Caballero si realmente importaba de qué siglo databan las iglesias, pero estaba claro que esa pregunta no tenía un sentido real para él; 711 era, obviamente, una fecha totalizadora.

En España, independientemente de la ideología, facción académica o región, existe la opinión compartida de considerar al año 711 como un punto de inflexión. Sin embargo, las estructuras económicas y sociales de la historia española parecen haber proseguido sin mucho cambio a través de esa divisoria en la mayor parte de los lugares. A pesar de esto, puede comprenderse la importancia de lo que Caballero estaba haciendo; y al respecto, confieso mi equivocación al dudar sobre esto. En el siglo VII, la alta meseta española interior, donde se encuentra la mayoría de las iglesias, era el corazón del reino visigodo, cuya base era Toledo, también en el centro de la meseta. La aristocracia bien pudo haber fundado iglesias en sus residencias rurales, las cuales sabemos, por otras razones, que estaban dispersas por toda la meseta. En el siglo VIII, sin embargo, la meseta era una frontera, y porciones de la meseta norteña parecen haberse convertido en tierra de nadie, con una sociedad de campesinos propietarios de tierra en el momento en que comienzan los documentos en el siglo X. Esto significa que si la invasión del año 711 produjo en alguna parte una ruptura social, fue en la meseta norteña, y si las iglesias se datan después de esa fecha en el norte, se convierten en representativos focos de riqueza que sólo pueden ser identificados de esta manera. Esto cambia notablemente nuestra imagen de esa región al menos. Las iglesias del siglo VII, entonces, son lo que podríamos esperar; las iglesias del siglo VIII cambiarían nuestro paradigma, al menos para la meseta norteña. Por lo tanto el debate acerca del 711 importa a veces; pero uno tiene que penetrar en la historiografía, y compararla con la fuente material, para ver por qué y cuánto importa. No se detiene aquí la tarea; existe un debate igualmente tenso acerca de la meseta entre los siglos VIII y X, cuyos parámetros y subtextos también se tendrían

<sup>5</sup> *La época de la monarquía asturiana* (Oviedo, 2002); el libro que estableció la interpretación basada en el parentesco de Asturias fue, A. BARBERO y M. VIGIL, *La formación del feudalismo en la Península Ibérica* (Barcelona, 1978).

<sup>6</sup> L. CABALLERO ZOREDA y P. MATEOS CRUZ (eds.), *Visigodos y Omeyas* (Madrid, 2000).

que deshilvanar. También hay otros del lado árabe<sup>7</sup>. Acerca de estas cuestiones se trata en artículos de este dossier, pero estas precisiones son suficientes para enfatizar la complejidad de la tarea; y todo esto se presenta antes de comparar.

Desarrollaré este problema de las preocupaciones nacionales comparando las actitudes francesas e inglesas hacia el estado temprano medieval. En Francia, hay una vieja gran narrativa de la nacionalidad que empieza con Luis VI y Felipe Augusto y continúa hasta la unificación de Francia en el siglo XIII; Ferdinand Lot podría incluso alegar que puede rastrear sus comienzos en el período merovingio<sup>8</sup>. Pero la historiografía de posguerra se ha centrado en el período de la desunión, aproximadamente entre los años 900-1200, como la clave para una Edad Media específicamente francesa, con relaciones feudales de vasallaje, castillos, catedrales góticas y universidades, todo visto como su resultado, y una *croissance* global de la actividad agrícola y comercial, en el marco de la *seigneurie* apuntalando en su base ese crecimiento. En sentido inverso, la historiografía de todo el período temprano medieval anterior al 900 en las tierras francesas, incluyendo el sistema político franco establecido por Clodoveo y Carlomagno, que dominó el occidente temprano medieval, ha sido desatendido en la misma Francia. Las grandes *thèses* regionales de posguerra raramente empiezan antes de entonces, o antes del 1000 en algunos casos. El acalorado debate sobre la importancia de la *mutation féodale* como ruptura del mundo carolingio fue en gran parte llevado a cabo por personas que nunca habían estudiado seriamente el periodo carolingio. No quiero decir que no hay una buena escuela francesa merovingia y carolingia; Régine Le Jan y Stéphane Lebecq son sólo dos entre muchos<sup>9</sup>. Pero si uno quiere penetrar en este campo con cierta profundidad tendrá que leer alemán –y también, en este caso, inglés.

¿Por qué esta falta de interés? Las *thèses* pueden justificarse: sus enormes bases documentales sólo empiezan en Francia (contrariamente a

<sup>7</sup> Para las villas visigodas ver el trabajo más reciente de, A. CHAVARRÍA ARNAU, "Interpreting the transformation of late Roman villas", en, N. Christie (ed.), *Landscapes of change* (Aldershot, 2004), pp. 67-102; para la simplicidad de la sociedad de la Meseta post-711, ver para un flanco del debate, I. MARTÍN VISO, *Poblamiento y estructuras sociales en el Norte de la Península Ibérica (siglos VI-XIII)* (Salamanca, 2000), pp. 91-177; J. ESCALONA MONGE, *Sociedad y territorio en la alta edad media castellana* (Oxford, 2002), pp. 62-77. Los tres sostienen una simplificación del proceso que había comenzado ya en el período visigodo

<sup>8</sup> F. LOT, C. PFISTER y F. L. GANSHOF, *Les destinées de l'empire en Occident de 395 à 888*, (Paris, 1928), pp. 387-8, 393, 717-21.

<sup>9</sup> Como Timothy REUTER enfatizó en « Debate », p. 187 y s. Para *croissance* etc., ver, G. DUBY, *L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval* (Paris, 1962), pp. 133-274 para un relato clásico. Para J. LE GOFF en *La longue durée de l'état*, ed. Idem (Paris, 1989), p. 19, "La France se constitue entre le milieu de X<sup>e</sup> et la fin du XIII<sup>e</sup> siècle". Algunas excepciones incluyen a G. FOURNIER, *Le peuplement rural en Basse Auvergne durant le haut moyen âge* (Paris, 1962); R. FOSSIER, *La terre et les hommes en Picardie* (Paris, 1968); M. ROUCHE, *L'Aquitaine des Wisigoths aux Arabes (418-781)* (Paris, 1979); L. FELLER, *Les Abruzzes médiévales* (Rome, 1998); R. LE JAN, *Famille et pouvoir dans le monde franc (VII<sup>e</sup>-X<sup>e</sup> siècle)* (Paris, 1995); S. LEBECQ, *Marchands et navigateurs frisons du haut moyen âge* (Lille, 1983). Las más recientes contribuciones del debate de la *mutation féodale* son, D. BARTHELEMY, *La mutation de l'an mil a-t-elle eu lieu?* (Paris, 1997) y, *Les féodalités*, ed. E. Bournazel y J.-P. Poly, (Paris, 1998).

Alemania o Italia) al final del siglo X. Pero nadie que esté habituado a frecuentar la escuela francesa puede dudar de que el siglo diez es visto como el inicio de algo nuevo y estimulante que antes faltaba: eso nuevo es la misma Europa en la visión de Robert Fossier, para no hablar de las aldeas “reales”, del crecimiento económico “real”. Anteriormente, Marc Bloch, también había comenzado *La société féodale* hacia el año 900 con otra imagen de ruptura, las invasiones árabes y vikingas<sup>10</sup>. Es significativo que el último país donde se aceptó de lleno que el período carolingio ya conoció una activa red de intercambio fuera Francia; los alemanes y los belgas habían sostenido esto desde hacía tiempo, y si bien los franceses ahora coinciden, historiadores como Robert Fossier y Georges Duby siguieron oponiéndose a esta interpretación hasta entrados los ochenta. En el año 1999, Fossier todavía podía escribir que “contrariamente a lo que creen los historiadores alemanes en particular, el rol de la dinastía carolingia no es un tópico particularmente interesante”, y “el legado de la ‘era carolingia’ fue mínimo”. Fernand Braudel en su historia de Francia de 1986 vio todo el período del 150 al 950 como un periodo de declinación constante, con sólo repuntes menores en los siglos VI y VII, y dudaba de que el imperio de Carlomagno realmente hubiera existido<sup>11</sup>. Braudel, precisamente porque no era un experto en el período, estaba en buena posición para absorber los lineamientos básicos de una narrativa nacional compartida. Robert Morrissey ha examinado cómo Carlomagno fue absolutamente central para el *imaginaire* francés de los orígenes hasta 1870. Sólo el establecimiento final de la República, y, por supuesto, la unificación alemana y la derrota francesa, lo convirtieron en *Karl der Grosse*, “percibido más y más como alemán”.<sup>12</sup> No es que fuera inmediatamente tomado como un símbolo por los alemanes: pero fue la *Reichsgeschichte* y el *Institut Historique Allemand* en París los que más hicieron para explorar las estructuras de poder del período carolingio a finales del siglo XX y no alguna de las tradiciones historiográficas francesas. Prácticamente lo mismo puede aplicarse a los merovingios (excepto quizás para Clodoveo, el primer franco católico, y foco de interés al menos para la rama católica de la escuela francesa, como lo muestra el reciente megacongreso sobre su *histoire et mémoire*)<sup>13</sup>. Es difícil ver estas exclusiones como separables de la idea, ahora semi conciente al menos, de que no sólo una identidad nacional específicamente francesa no comenzó antes del 900 sino también de que los desarrollos previos no son lo suficientemente relevantes para ser discutidos, excepto quizás por aquellos con un pensamiento ya a tono con el interés por historias no nacionales.

<sup>10</sup> R. FOSSIER, *Enfance de l'Europe* (Paris, 1982); cf. M. BLOCH, *La société féodale* (Paris, 1939-40), I, pp. 3-56.

<sup>11</sup> Ver las contribuciones de Robert FOSSIER y Georges DUBY al debate en *Flaran X* (1988), pp. 182-4, 187, 193; FOSSIER, « Rural economy and country life », en *The new Cambridge medieval history*, III, ed. T. Reuter (Cambridge, 1999), pp. 27-63, cita de p. 29; F. BRAUDEL, *The identity of France*, II (London, 1990), pp. 102, 114-16. Para una reevaluación de la economía carolingia por los historiadores franceses, ver, P. TOUBERT, « Le part du grand domaine dans le décollage économique de l'Occident (VIII<sup>e</sup>-X<sup>e</sup> siècles) », en *Flaran X* (1988), pp. 53-86; O. BRUAND, *Voyageurs et marchandises aux temps carolingiens* (Bruxelles, 2002).

<sup>12</sup> R. MORRISSEY, *L'empereur à la barbe fleurie* (Paris, 1997), p. 407.

<sup>13</sup> Ver en general *Clovis, histoire et mémoire*, ed. M. ROUCHE (Paris, 1997).

En contraste, una de las grandes narrativas de la historia de Inglaterra (no de Gran Bretaña), que ha estructurado en forma particularmente clara a esta escuela medieval, es la de Inglaterra como el primer estado nación. Esta es una imagen clave del periodo temprano medieval y ha sido una materia explícita de análisis en décadas recientes, posiblemente mucho más que en la mayoría de los otros países. La ausencia de investigación en Inglaterra está en la historia regional, un área marginal y desacreditada, relegada a historiadores locales por largo tiempo, e incluso ahora frecuentemente superficial en su focalización conceptual: tiende a ser escrita como historia nacional en un ámbito regional. El debate acerca del estado se centró durante mucho tiempo sobre el año 1066: ¿el estado anglosajón estaba lo suficientemente organizado como para ser el portador de la nación inglesa, o fueron los normandos los que llevaron a cabo esta tarea? Esta polémica cuestión ha sido ganada en las últimas tres décadas por los especialistas de la historia anglo-sajón, y el periodo ahora considerado clave es el reinado de Alfredo, 871-899, con la implantación exitosa de prácticas administrativas carolingias primero, y después con la imagería de lo inglés rastreada hasta Beda a comienzos del siglo VIII. El número de artículos sobre esta imagería ha crecido constantemente; la violencia del debate ha virado del efecto de la conquista normanda al periodo de Alfredo<sup>14</sup>. Algunos autores han argumentado a favor de un único estado inglés en momentos del siglo VII, o incluso del VI, una tarea difícil en la provincia políticamente más fragmentada de todo el mundo post romano, pero que es un signo de la trascendencia que la cuestión tiene para los ingleses<sup>15</sup>. Esto constituye un notable indicador de lo que los ingleses consideran como central para sus intereses nacionales –y por ende historiográficos– aunque habría que enfatizar algo ya mencionado de pasada: ese estado, que los ingleses destacan tanto, en realidad tomó prestado del mundo carolingio sus estructuras básicas, es decir, del mundo que a los franceses no les interesa estudiar porque les parece poco significativo para la construcción de su propio pasado. Esto no quiere decir que estas estructuras, que tienen tanta importancia para los ingleses, no se estudien en Francia; tampoco significa que genuinamente hayan tenido menos importancia en Francia: estas son diferencias historiográficas y no históricas, y ambas derivan de la desigual importancia que los desarrollos temprano medievales tienen para la moderna identidad nacional.

Contrasta lo indicado con Bélgica, donde el rol central ha sido adjudicado a la historia económica. Fue indudablemente Henri Pirenne el primero que desarrolló una gran narrativa de la historia temprano medieval basada en tendencias económicas. Ese paradigma fue tan poderoso que es

---

<sup>14</sup> El veneno del debate en los años 1960 está encapsulado en H. G. RICHARDSON y G. O. SAYLES, *The governance of medieval England* (Edinburgh, 1963), pp. 22-41; R. ALLEN BROWN, « The Norman Conquest », in *Transactions of the Royal Historical Society* 5<sup>th</sup> series XVII (1967), pp. 109-130. Un importante ejemplo de este cambio es el claro foco alfrediano en P. WORMALD, *The making of English law*, I (Oxford, 1999); para tensión ver, A. P. SMYTH, *King Alfred the Great* (Oxford, 1995), y los rudos reviews citados en R. ABELS, *Alfred the Great* (Harlow, 1998), p. 323. Para Beda, el relato básico reciente es N. P. BROOKS, "English identity from Bede to the Millennium", en *Haskins Society journal*, XII (2004).

<sup>15</sup> N. J. HIGHAM, *The English conquest* (Manchester, 1994), pp. 160-1; IDEM, *An English empire* (Manchester, 1995).



todavía un punto de referencia, no obstante la demolición de sus fundamentos empíricos. Sin embargo no es intrascendente el hecho de que fue el mismo Pirenne quien, en su *Historia de Bélgica*, sostiene que el desarrollo económico y la vida urbana desde comienzos del siglo XII, “constituyen la marca distintiva de nuestra historia”. Otros elementos de la “tesis de Pirenne”, como la ausencia de cualquier cambio particular derivado de las invasiones germánicas, junto a la importancia del periodo carolingio como el momento inicial de la historia medieval que cristaliza en los valles fluviales del norte (a pesar de la creencia de Pirenne en la debilidad económica carolingia), también reaparecen en su más específica historia belga como puntos claves del desarrollo – ya que fue Carlomagno, con su base norteña, quien creó “esta admirable y peligrosa posición que los belgas en lo sucesivo siempre ocuparían en el occidente”, y la civilización carolingia encontró “su más clásica expresión” en Bélgica<sup>16</sup>. Nuevamente, no puede evitarse la sensación de que la importancia de la historia económica para los herederos de Pirenne, como Adriaan Verhulst y Jean-Pierre Devroey entre los recientes y actuales, y su importancia historiográfica en la historia económica europea en su conjunto, es un indicador de la relevancia del intercambio comercial para la “belganidad”; y el periodo carolingio se ha mantenido en esta historiografía como un período importante para estudiar, en contraste con el rol que ha tenido en Francia. Verhulst y Devroey han estado también entre los más firmes defensores de la tesis sobre el resurgimiento de la economía del período carolingio, centrada en la red fluvial del norte de Francia<sup>17</sup>. Su interpretación es correcta, desde mi punto de vista, pero la orientación constante de su interés es significativa. La identidad nacional belga era inexistente en un sentido político antes del periodo burgundio, y no he encontrado ningún historiador profesional que haya pretendido otra cosa; pero su “marca distintiva” en un periodo más temprano fue el intercambio y el urbanismo, y estas cuestiones han sido generosamente analizadas durante una centuria.

El tercer y último problema es identificar qué es en realidad relevante comparar y qué es comparable: se necesita comparar lo semejante con lo semejante. Obviamente, no tiene sentido analizar patrones de estatus campesino en la región A con las reglas monásticas de la región B; pero el estatus campesino es sólo una guía mediada del criterio de status aristocrático, también, y si uno utilizara uno para iluminar el otro, los siervos de la región A comparados con los vasallos en la región B, tiene que proceder con considerable cuidado. Igualmente, si se quisiera limitar el análisis al estatus campesino, se tendría que ser cuidadoso con la palabra *colonus*, que no significa lo mismo en diferentes regiones. A veces quiere decir tenente dependiente libre, a veces no libre, otras ambas cosas, o cualquier campesino, incluyendo propietarios de tierras. Ese deslizamiento, en sí mismo significativo, indica que se tiene que interpretar antes de poder comparar.

---

<sup>16</sup> H. PIRENNE, *Histoire de Belgique*, I, 5<sup>ta</sup> ed. (Bruxelles, 1929), citas de pp. xvi, 34 y s., 40 y S..

<sup>17</sup> Más reciente, A. VERHULST, *The Carolingian economy* (Cambridge, 2002); J.-P. Devroey, *Puissants et misérables* (Bruxelles, 2006).

Además, ¿qué es lo que se está comparando? Las sociedades son totalidades complejas, y cada una tiende a tener conjuntos completos de elementos que son individualmente más o menos similares a los de otra sociedad; ¿se tienen que contraponer sociedades enteras, en toda su complejidad, o debe elegirse un solo elemento y compararlo? El problema es mucho más difícil ahora que la mayoría de los historiadores han abandonado el paradigma de historia legal, donde la ley sálica o el código de Ine supuestamente caracterizaban el proceder de una región entera, y han reconocido que las prácticas locales eran infinitamente variables, por lo que es muy fácil perderse en la diferencia local, y entonces los problemas de documentación acaban por parecer insuperables. Desde mi punto de vista, comparar elementos singulares es la única vía hacia una comparación fructífera; si tratamos de colocar dos realidades sociales complejas cara a cara, nuestro centro de atención tiende a disolverse, y terminaremos diciendo que ambas son similares y diferentes, lo cual no nos llevará muy lejos. Pero ¿cómo estudiamos esos elementos?

Para terminar, caracterizaré dos técnicas razonablemente conocidas, que provienen de tradiciones históricas diferentes (y en parte antitéticas), pero que, de manera sorprendente, parecen encajar bien. El concepto de pista de Carlo Ginzburg, y los tipos ideales de Max Weber.

Ginzburg desarrolló su idea de pistas en un elegante artículo de 1979 en el cual argumentaba que Sigmund Freud, el historiador del arte Giovanni Morelli y Sherlock Holmes trabajaban dentro de un procedimiento deductivo tomado de la práctica médica, por el cual se recogen señales del cuerpo humano que se reúnen para proporcionar un diagnóstico. Llamó a esto paradigma *indiziario* o *semeiotico*, un paradigma semiótico o basado en pistas, y defendió lo que llamó su “rigor elástico”, una imagen ya utilizada en este artículo. En realidad, Ginzburg no aclaró en su trabajo que estaba proponiendo una metodología para historiadores, pero ello está implícito, y lo explicitó en otro lugar: es así cómo en realidad los historiadores trabajan en general para construir sus mundos. Utilizó la palabra *spia* en el título del artículo para describir estas señales, y en inglés esta palabra se tradujo, correctamente, como “pista”<sup>18</sup>. Pero en italiano, *spia* tiene un significado más amplio. Quiere decir, también, “espía” o “informante”, por un lado, y a la vez “agujero para espiar” o “mirilla”, por otro. Es ésta una imagen útil para nosotros: pistas como mirillas a través de las cuales podemos observar para identificar con precisión los elementos de una realidad social.

El concepto de Weber de tipos ideales era bastante diferente<sup>19</sup>. Afirmaba que eran abstracciones del fenómeno real en cualquier sociedad dada, creada con el exclusivo propósito de la comparación. Sus ejemplos más famosos, como el de la “burocracia” o el del “carisma”, eran caracterizaciones multi determinadas; no tenían que tener todos estos

<sup>18</sup> C. GINZBURG, « Spie », en Idem, *Miti emblematici spie* (Torino, 1986), pp. 158-209 (ver p. 192 para la cita); traducido como, « Morelli, Freud and Sherlock Holmes », *History workshop*, IX (1980), pp. 5-36. La traducción castellana de las palabras claves, según la versión publicada por Gedisa, está en el título del artículo que, como se puede observar, requiere de una cierta creatividad del traductor, aunque “indicios” no da cuenta de los significados más amplios de la palabra italiana *spie*: “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”, en, C. GINZBURG, *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e Historia*, Barcelona, 1989, pp. 138-175

<sup>19</sup> M. WEBER, *Wirtschaft und Gesellschaft*, Colonia-Bon, 1964, 1ª parte

elementos en las sociedades reales, pero, si era así, entonces se tenían que explicar comparativamente. El mejor ejemplo de un tipo ideal en historiografía medieval es, por lejos, la caracterización de Marc Bloch de la sociedad feudal al final de *La société féodale*: un campesinado sometido; concesiones de tierra en lugar de salarios; supremacía de una clase guerrera; lazos de obediencia y protección dentro de la clase; fragmentación del poder político, aunque con supervivencia del parentesco y del estado<sup>20</sup>. Esto ha sido erróneamente tomado como una definición, en la que se necesitan todos los atributos mencionados para construir una sociedad “feudal” según Marc Bloch. Es, más bien, una guía para la comparación –no por casualidad, precede inmediatamente a su breve discusión sobre Japón. Lo que quería decir era que éstas eran cosas para buscar, si se tenían todos los elementos de esta lista, aunque el poder político no estuviera fragmentado, como en Inglaterra después del 900, o hubiera todos los elementos pero con un estrato militar asalariado, como es frecuente desde el siglo XIII en adelante (como en el misteriosamente llamado feudalismo “bastardo”). Esos rasgos establecían entonces la diferencia, la cual debía ser analizada comparativamente. Los tipos ideales pueden ser *constructos* muy desvinculados, como advierte Susan Reynolds<sup>21</sup>, especialmente si son generados por grandes narrativas de nacionalidad, reuniendo elementos que en realidad no se corresponden, y en tal caso no son útiles. Pero si se ajustan, son guías para elementos realmente comparables en diversas sociedades, guías que pueden usarse en el análisis. Podrían ser consideradas, también, como *spie*, como mirillas dirigidas a sociedades reales.

Una buena forma de comparar sociedades diferentes es tomar *spie* de cada una de ellas que sean lo suficientemente similares como para que sean comparables –porque los hemos caracterizado bastante cuidadosamente, como hizo Weber- pero que se articulen con los otros elementos de cada una de las sociedades en las que se encuentran de diferentes maneras, combinaciones que son en sí mismas iluminadoras. ¿Qué sería una buena *spia*? El tipo ideal de sociedad feudal de Bloch, evidentemente, sería uno; pero él ya trató eso hacia 1940, y no es necesario reiterarlo. Podría observarse cómo funciona el mercado de tierras en diferentes sociedades; o cómo las instituciones colectivas locales conocidas como *consultas*, concejos o *comuni*, que aparecieron a lo largo de gran parte del occidente europeo en el siglo XII se articularon de maneras diferentes en las distintas sociedades locales. Otro buen *spie* sería tomar el poder episcopal, que era análogo en todas partes debido a las normas transnacionales de la iglesia, pero que estaba articulado de manera diferente en cada lugar. Otro es el castillo, uniforme en un nivel, en tanto fortificación privada, pero, de nuevo, insertado de manera diferente en las diversas sociedades<sup>22</sup>. El modelo del norte francés o de la Inglaterra posterior a la conquista normanda, de una pequeña fortificación mirando desde lo alto o bien enteramente separada de los asentamientos campesinos dominados por el castillo del señor, es bastante

<sup>20</sup> Bloch, *La société féodale*, II, pp. 249-50. Para Bloch y Weber, ver C. WICKHAM, ‘Le forme del feudalesimo’, *Settimane di studio*, XLVII (2000), pp. 15-51, de pp. 34-8.

<sup>21</sup> S. REYNOLDS, *Fiefs and vassals* (Oxford, 1994), pp. 10-11.

<sup>22</sup> C. WICKHAM, *Community and clientele in twelfth-century Tuscany* (Oxford, 1998), pp. 185-241.

disímil del modelo del sur de Italia, en el cual los mismos campesinos eran colocados por el señor dentro de la fortificación, y en consecuencia, el funcionamiento del señorío local tiene que verse de otra manera<sup>23</sup>. Este modelo fue similar al de Inglaterra antes de la conquista, con residencias aristocráticas fortificadas (con su *burhgeat*), sin una diferencia tan pronunciada, en términos materiales, con respecto a los castillos posteriores a la conquista. Esas residencias no han sido reconocidas como especiales, y no parecen haber cristalizado la dominancia de aristocracias locales.

Si se toman elementos de esta clase y se usan como *spie*, deberá tenerse, por supuesto, una comprensión suficientemente estructural de cada sociedad que permita apreciar cómo iluminan la diferencia. Pueden, sin embargo, actuar como guías válidas e importantes. Aun cuando sea difícil usarlos, tratar de hacerlo parece mejor que no intentarlo. Y con este instrumento, finalmente, podemos llegar a la tarea principal: es a decir, la comparación como eje de análisis empírico.

---

<sup>23</sup> Ver por ejemplo, G. FOURNIER, *Le château dans le France médiévale* (Paris, 1978), y la colección de diferentes ejemplos en M. BARCELÓ y P. TOUBERT (eds.), 'L'incastellamento' (Roma, 1998)